

Alí A. Mazrui: "The Political Sociology of Oratory: Power and Persuasion in Black Africa" *Politics between Economy and Culture*. IPSA-AISP. Montreal, 1973.

El politólogo ugandés Alí Mazrui considera a la política como un proceso del que forma parte una comunicación dotada de propósito, cuyas finalidades son de carácter público. En esta, "se transmiten mensajes, se articulan intereses, se definen y promueven ciertas preferencias". La variedad de estilos y de medios —que interesan particularmente a quienes como Jean Ure y Jeffrey Ellis investigan los registros— abarca, según él: 1) desde los murmullos del cabildeo hasta la retórica del ágora o del parlamento; desde el medio que les ofrecen sociedades en-redadas (usamos a propósito esta expresión bivalente) por la televisión, hasta las que les brindan las colectividades tribéñas, casi in-comunicadas, o sólo comunicadas por "la llegada anual de un representante del gobierno que se desplaza en medio de una polvareda a la que a veces llaman jeep".

A Mazrui le interesa particularmente el uso de las palabras en la oratoria política; su utilización en las colectividades preletradas o ágrafas; su "colonización" por los europeos; el tránsito de los modelos imperiales a los marxistas de oratoria política; el agostamiento de la oratoria debido a factores sociales.

Sociólogos y politólogos africanos del talento de Mazrui están logrando lo que no consiguieron los antropólogos (africanistas, americanistas, especialistas en la antropología oceánica, asiática o europea). Ellos están sacando a la sociología del centrismo euro-occidental en que ha caído recientemente, como resultado de la traición evidente cometida en contra de las perspectivas —dilatadamente humanas— de fundadores

de la disciplina como Durkheim o como Spencer.

En las sociedades preletradas en las que la unidad política no es autónoma, la actividad política es inseparable —según él dice— "de la agricultura, la religión, el parentesco, la ley y las costumbres"; pero, aun así, muchos de los procesos políticos de otras sociedades también existen en ellas, como lo revela el proceso judicial. En él, hay una especie de constitucionalismo *avant la lettre*, que determina los límites de legitimidad del comportamiento, aduciendo ciertos principios legales básicos, que se incorporan en proverbios o fórmulas bien establecidas, las cuales funcionan —en realidad— como precedentes legales.

Pero, Mazrui muestra —también— algunas de las diferencias básicas entre la sociedad preletrada y las que tienen letras; en las ágrafas, no hay una tradición escrita que nutra, pero tampoco hay una que compita con la oral y 2) la oratoria, para triunfar, depende menos de una originalidad radical que de la renovación de fórmulas que ya son aceptadas, familiares, y a las que sólo hay que adecuar al contexto social particular de que se trate. Junto con los proverbios, las adivinanzas también dan sustentación al sistema y unos y otros dependen de imágenes y de símbolos que aproximan la agricultura a la sexualidad y a la familia (como lo muestran también los estudios etnolingüísticos de Genevieve Calame-Griaule para el africanismo ágrafo y las prescripciones del Manawadhar-mashastra o Código de las Leyes de Manú, para la tradición letrada de la lengua sánscrita.)

Por otra parte, incluso esas comunidades, aparentemente homogéneas, ya se encuentran internamente diferenciadas y eso se revela sociolingüísticamente en el hecho de que, frente a una misma referencia formal, hay —por lo menos— una doble interpretación: la de los vie-

jos que traducen las palabras en imágenes tomadas a la cacería, y la de los jóvenes, que les asignan otras referencias, de carácter sexual.

Ya en la situación inter-étnica, ante las amenazas de represión por el “colonizador”-dominador (tanto como en aquellas otras en que la situación no es interétnica pero sí se practica la censura), es preciso buscar refugio sociolingüístico (la publicación externa, la circulación secreta a veces en copias manuscritas) y ese refugio, en el agrafismo—más que en cualquier otra situación—lo proporciona la ambigüedad. El ejemplo que recoge el politicólogo de la Universidad de Kampala es el de la oratoria indudablemente ambigua de Jomo Kenyatta y, más particularmente, el de la que él explotaba al emplear expresiones en Kikuyu, pues nadie podía decir a ciencia cierta—ni aun en caso de ser profundo conocedor de esa lengua—si con ellas denunciaba a los Mau-Mau o los estimulaba.

En esas sociedades, la oratoria obra dentro de un amplio consenso y “el arte de la persuasión consiste en explotar valores y predisposiciones que ya se comparten efectivamente”.

En algunas de esas sociedades (él menciona la corte de Thonga), en relación con el mismo gobernante africano o isleño, los bufones ejercían un poder de censura que dependía de su excelente dominio de los proverbios, de las adivinanzas, y de su propio gracejo, hasta tal punto que eran admirados porque se consideraba que así servían “a los antepasados mismos”.

Con la conquista: 1) se amplió la escala política; 2) llegaron las lenguas metropolitanas; 3) el alfabeto influyó en la retórica política y 4) se centralizó el reclutamiento político. Las nuevas lenguas, por ejemplo, ayudaron a que se establecieran nuevos criterios de estratificación, crearon nuevas motiva-

ciones económicas, e introdujeron nuevos estilos políticos.

La escala territorial de las unidades políticas se amplió (gracias a los nuevos medios de transporte, de comunicación y de administración) y la oratoria tuvo que cambiar pues ya no bastaba con impresionar con un alegato a un jefe tribal sino que había que influir en poblaciones que distaban y diferían mucho unas de otras.

De los proverbios nativos, se desplazó el orador político hacia las citas en inglés, francés, español o portugués y esto ocurrió incluso entre los dirigentes anticolonialistas de las décadas cuarta y quinta (según un proceso frecuentemente repetido de acuerdo con el cual, tienen que emplearse las armas del opresor para derrotar a éste), y aun el poeta por excelencia del imperialismo (el Kipling del *White Man's Burden*) fue empleado por la oratoria anti-imperialista: por Tom Mboya de Kenia, por Lwama fa, de Uganda (cuando éste celebraba al Presidente Milton Obote). Fue así como “su poema IF se convirtió en un equivalente funcional de los proverbios indígenas”.

El impacto no siempre se debía a la comprensión de las palabras extranjeras; a veces era su sonoridad pura y simple la que les aseguraba el éxito: las “grandes palabras” o “palabras largas” del inglés, por ejemplo (las terminadas en *-ization* y en *-ism*) tenían ese efecto, pues el auditorio africano, aun sin conocer el idioma, podía reconocer “no sólo que el idioma era inglés, sino también que se estaban usando palabras largas” [es decir, que se estaba hablando de cosas importantes], y las palabras, como reconocía Kipling mismo “son la droga más poderosa”.

Entre los dirigentes africanos del siglo xx, Nkrumah, por ejemplo, incluía en su oratoria figuras que había tomado de Tennyson y de Woodsworth, pero lo hacía al hablar de un tema como el del

“Neocolonialismo como última etapa del imperialismo”, el cual revelaba el paralelo que establecía su autor con la obra de Lenin sobre “El Imperialismo, última etapa del capitalismo”, y —ya exiliado en Conarky— dejó que aumentara sobre él la influencia marxista. Mientras, en Tanzania, Nyerere —quien había traducido el *Julio César* de Shakespeare— comenzaba a emplear cada vez más la terminología socialista.

Peró, Mazrui también muestra que cuando la legislatura dejó de ser “la arena principal de articulación política”, la oratoria decayó. Crecía el radicalismo —es verdad— pero, se avanzaba también hacia los regímenes de partido único y, con ello, languidecía la oratoria. Aun así, él afirma que, en el periodo postcolonial, sigue habiendo, entre los africanos, una gran diversidad de actitudes y aún actitudes contradictorias en otro contexto, que aquí coexisten y se mezclan en diversas proporciones pues subsiste “una lucha entre un *jingo* occidental un *juju* africano y un gigante marxista”.

Mazrui afirma —para terminar— que “la naturaleza cambiante de la oratoria africana proporciona pistas importantes sobre la batalla cultural en la que están empeñados los pueblos negros del mundo”.

Oscar Uribe-Villegas

Elbaki Hermassi: “Le Colonialisme et l’Etat National en Afrique du Nord”. 7e. Congres de l’Association Internationale de Sociologie, Varna, 1970.

Hermassi considera que el desarrollo de las ciencias sociales en las “naciones nuevas” de Asia, África y Latinoamérica ha recibido más estímulo de los cambios políticos que de las tradiciones académicas, y esto parece cierto aun cuando Latinoamérica haya tenido

—también— una tradición universitaria de cultivo de la sociología y de las otras disciplinas sociales que ha venido a convergir con esos impulsos de carácter práctico.

De primera intención, esas disciplinas solieron traer a estas naciones modelos elaborados en “Occidente”, acordes con la ideología del conquistador-colonizador (como la idea malinowskiana de que el desarrollo es un resultado del choque de una cultura alta y activa con una baja y pasiva) y que se prolongaría en la congruencia total de las dicotomías “tradición-modernidad” y “no-occidentalidad-occidentalidad”.

Hermassi afirma que no sólo no contribuyó el Occidente a la modernización política sino que ha sido incapaz de reconocer que ha sido el responsable del atraso del resto del mundo así como no ha llegado a ser suficientemente generoso como para reconocer el correspondiente beneficio que derivó de ello bajo la forma del llamado “milagro occidental”.

El principal interés del autor está en las sociedades maghrebianas: en Argelia, Marruecos y Tunez. Cada una de estas sociedades presentan: 1) tipos de colonización distintos; 2) distintos surgimientos a la vida independiente; 3) diversa posición de las élites nacionales en el proceso histórico.

Los tipos ideales de dominación, según Hermassi, fueron: 1) el segmental, 2) el instrumental y 3) el total, y los indicadores que permiten construirlos corresponden a) al predominio militar o al civil en el Estado; b) al estatuto del Estado autónomo; c) a la actitud de la metrópoli frente a las élites, durante la liberación.

En Argelia, el agente colonizador fue el militar, y el coloniaje fue una guerra permanente bajo la presión de los negociantes, de los campesinos pobres y de los deportados políticos de la metrópolis deseosos de adquirir tierras.